

## ORANDO CON LA PALABRA

( Pentecostés )

“ Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “ Paz a vosotros”. Y diciendo esto, es enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “ Paz a vosotros”. Como el Padre me ha enviado , así también os envío yo”. Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”.

( Jn.20, 19-23 )

El tiempo de Pascua culmina su ciclo con la fiesta de Pentecostés. Jesús se presenta a sus discípulos reunidos después de la Resurrección, pero aún viviendo con temor y desconcierto esta experiencia. Jesús les ofrece repetidamente su paz, los envía y exhala sobre ellos, la fuerza de su Espíritu.

Con la fiesta de Pentecostés, celebramos, agradecemos y actualizamos la presencia del Espíritu de Jesús entre nosotros. Es el aliento que sustenta la vida, la presencia que sana, que fortalece; el impulso que sigue suscitando en el corazón de las personas, luz, valentía, serenidad para caminar hacia ese otro mundo nuevo que soñamos.

En estos tiempos nuestros, en los que parece que la sociedad está envuelta en una crisis de humanidad. En la que vivimos la impotencia y la indignación ante un mundo herido por guerras y todo tipo de violencias. Ante el desconcierto que generan los modos diferentes de percibir la vida y los valores, los procesos que se cierran y los que se inician, ante futuros inciertos que nos descolocan por dentro, necesitamos invocar la presencia del Espíritu.

Por eso, unidos a todas las voces de la tierra le suplicamos que venga. Necesitamos que purifique y renueve el corazón y las entrañas del mundo , para que la VIDA pueda seguir fecundando la vida que gime dentro. Necesitamos que sea serenidad en nuestra vida inquieta, que sane heridas y soledades, que acoja el clamor de tantas necesidades, “que rompa el techo de la tierra” y renueve, encienda y alegre, las entrañas del mundo.

Que vivamos la fiesta de Pentecostés abriéndonos al Espíritu, acogiendo su acción para que se haga en nosotros, fuego, fortaleza, paz. Con su fuerza seremos testigos de la Palabra que dignifica y cuestiona, que libera y salva.

## ORACIÓN

En nuestro caminar cotidiano,  
hecho de luz y sombras  
de desconciertos y esperanzas,  
venimos a ti, Señor,  
uniendo nuestras voces

a las de las que brotan  
de todos los rincones de la tierra  
para pedirte una vez más,  
que escuches el clamor de los empobrecidos,  
de los refugiados, de los humillados,  
de todos los que sufren.  
Necesitamos repetirte, una vez más  
¡Ven, Espíritu! sobre nosotros.

¡Ven Espíritu! y habítanos.  
Entra en nuestra vida agitada  
y, serénanos.  
Que encontremos en ti, descanso.  
Que tu presencia  
armonice en sosiego  
inquietudes y temores.  
Que en tu serenidad,  
encontremos lucidez  
para contemplar la realidad  
para reconocerla,  
para acogerla y transformarla.

¡Ven Espíritu ;  
Y envuélvenos en tu fuego  
que dinamiza la vida.  
Reactiva en nosotros  
el calor humano  
que sana heridas y soledades,  
que hace brotar sonrisas  
esperanzadas  
y recupera ilusiones y compromisos.  
Sana el corazón desencantado,  
que se cierra  
ante el aparente fracaso,  
la decepción,  
la parcialidad o la injusticia,  
que le impiden  
seguir descubriendo  
las posibilidades de vida  
que le rodean.

¡Ven, Espíritu ;  
danos tu fortaleza.  
Que tu Presencia  
que nos sostiene  
se haga la fuerza cotidiana  
que nos ayude a romper rutina y monotonía,  
prejuicios y esquemas inflexibles.  
Que nos sacuda de la atonía  
tejida de comodidad, individualismo  
y seguridades.  
Necesitamos tu fuerza  
para superar dificultades,  
para integrar pérdidas,  
para mantener un corazón abierto y disponible  
ante la incertidumbre del futuro,  
para vivir el cada día con coherencia y fidelidad.

¡Ven Espíritu y danos tu paz!  
Tu paz que sosiega, descansa,  
que integra todo aquello  
que aún es ruido, temor, inquietud.  
Danos tu paz.  
La paz que equilibra y armoniza  
sentimientos,  
temores, proyectos.  
La paz que nace de acoger y aceptar  
el propio misterio personal,  
el misterio de los otros.  
Que brota del respeto profundo  
a los procesos personales y colectivos,  
de la búsqueda compartida de la verdad,  
del perdón experimentado y regalado.  
Que acojamos tu Espíritu, Señor  
que hecho calor, fortaleza y paz  
en nosotros,  
nos renueve por dentro  
y nos siga enviando a aportar  
lo mejor de cada uno,  
para que el mundo vuelva a sonreír.  
Amén.

( F.Oyonarte, hcsa )

